

PANORAMA PARCIAL DE LA POESÍA EN 2010¹⁸

Francisco Díaz de Castro

Universitat des Illes Balears

A lo largo del año 2010 un nutrido número de publicaciones certifican la buena salud de que gozan las diversas propuestas estéticas de la poesía española en este comienzo de siglo. En un panorama necesariamente selectivo como el que aquí se ofrece destacaré los títulos más relevantes de entre los centenares de libros aparecidos en este período. Ni qué decir tiene que, como señalaba Antonio Jiménez Millán en su “Panorama de la poesía en 2008”¹⁹, la “visibilidad” de las publicaciones es un elemento determinante en este tipo de panorámicas, dada la dificultad de acceso a tantas colecciones de poesía como sobreviven en las diversas autonomías del estado. En ellas, ciertamente, se publican libros de calidad que no han accedido ni a los premios ni a las reseñas en los suplementos culturales de mayor difusión y que el crítico tal vez alcanza a conocer tardíamente. Con todo, se menciona en estas páginas, con mayor o menor detalle, lo más importante de la poesía publicada en el año que nos ocupa.

ANIVERSARIOS Y CONMEMORACIONES

El centenario del nacimiento de Miguel Hernández ha sido la efemérides más destacada de 2010, con la celebración de numerosos congresos, encuentros y cursos tanto en España como en Hispanoamérica y Europa, y se han publicado un buen número de estudios, monografías y libros colectivos, con diversas reediciones

18 Este trabajo se adscribe al proyecto de investigación FFI2009-11728/FILO “Direcciones estéticas de la lírica posmoderna en España”.

19 Antonio Jiménez Millán, “Panorama de la poesía en 2008”, Siglo XXI, nº 7, diciembre de 2009, pág.51.

antológicas de las obras del autor oriolano²⁰ hasta casi una veintena, ninguna de ellas significativa en cuanto al rescate de textos inéditos importantes. Otro centenario que se ha conmemorado, en una cierta atmósfera de desagravio, ha sido el del nacimiento de Luis Rosales, con la edición de varios catálogos dedicados a la biografía y a la obra del escritor y también con diversas ediciones antológicas o escolares de su obra, sin novedades, entre las que puede citarse la amplia muestra recogida en la antología realizada para Adonais por Enrique García Máiquez.

Por su parte, auspiciado por la Fundación Jorge Guillén y la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Antonio Piedra ha editado los tres primeros volúmenes de la proyectada obra completa de Francisco Pino, que dejó a su muerte una considerable cantidad de textos inéditos, muestra en parte de la extraordinaria importancia del poeta vallisoletano como uno de los protagonistas de la vanguardia española. Asimismo, para conmemorar el centenario de Ramón Gaya, la misma Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y la editorial Pre-Textos han editado su *Obra completa* a cargo de Nigel Dennis e Isabel Verdejo. A lo largo de su millar de páginas comprobamos una vez más que la modestia del pintor murciano al autodenominarse “un pintor que escribe” hacía escasa justicia a la calidad de su verso y de su prosa.

A los veinte años de la muerte de Jaime Gil de Biedma Galaxia Gutemberg/Círculo de Lectores ha publicado *Obras. Poesía y prosa*, en edición de Nicanor Vélez y con prólogo de James Valender. Un amplio apéndice de poemas dispersos, traducciones, textos en prosa y entrevistas acompaña *Las personas del Verbo*, el *Diario del artista* en 1956 y los ensayos de *El pie de la letra*. Una extensa colección de cartas a muy distintos correspondientes se reúne en *Jaime Gil de Biedma. El argumento de la obra. Correspondencia*, que en edición de Andreu Jaume publicó Lumen.

Uno de los acontecimientos editoriales de mayor relieve y que merece atención especial ha sido la largamente esperada publicación de la obra de Blas de Otero *Hojas de Madrid con La Galerna* que, con prólogo de Mario Hernández y en edición de Sabina de la Cruz, ha publicado Galaxia Gutemberg/Círculo de Lectores. Anticipándose a las anunciadas poesías completas, se nos ofrece en edición definitiva *Hojas de Madrid con La galerna*, del que en sucesivos adelantos a lo largo de décadas habíamos podido conocer casi la mitad pero que con el añadido de 161 textos inéditos cobra otra dimensión y sentido pleno como última etapa lírica de Blas de Otero, tan intensa, tan rica y tan grande como las anteriores. Aunque por su obsesivo sentido de la corrección no se puede saber qué habría publicado su autor y qué no en una edición definitiva, debe aplaudirse la decisión de Sabina de la Cruz de organizar los dos conjuntos en su respectiva secuencia cronológica de acuerdo con las fechas indicadas por el autor porque ahora podemos conocer los

20 Véase la página web dedicada al centenario http://www.centenariomiguelhernandez.com/?page_id=90

períodos de mayor intensidad creativa entre 1968 y 1977 y, sobre todo, cómo se entrelazan los distintos temas, tonos y formas que nos dan una imagen algo distinta en expresión y tonos de la que los avances del libro anunciaban.

Leídos estos 306 poemas en su secuencia actual puede verse que este libro no rompe la unidad de creación del poeta, sino que actualiza, enriquece y extrema sus recursos, su visión y su actitud moral ante la existencia y la realidad social. La recién vivida Cuba de la revolución, de la poesía popular y de su fracasado matrimonio, el Bilbao evocado y revivido con sus contraluces y el Madrid de cada día componen los espacios de esta especie de diario poético –repleto de guiños, de metapoética y de sentido político– en el que la conciencia de la enfermedad potencia la resistencia, la afirmación vitalista y poética y un dinamismo que sostiene el conjunto por encima de algunos de los poemas más oscuros de *La galerna*, también compensados por el humor, los juegos intertextuales y el erotismo de poemas como “No es un traidor”. Sin duda, entre los 58 poemas de *La galerna*, algunos como “Diseminado”, “El grito”, “La galerna” o “El aire” tocan fondo en el autoanálisis depresivo, pero forman parte de un claroscuro en el que también destacan la reflexión existencial y política (“El bolero de la historia”), la presencia de la amada (“Soliloquio”), la poética, el humor (“Por allí asciende el papalote”) o la resistencia (“Irrefrenable”), en una diversidad de vida cotidiana que sintetizan poemas como “Tu vientre y otros resabios”. Es, nuevamente, la inteligencia poética de Otero la que organiza todo el despliegue de sus recursos en una expresión de enorme variedad en la que se conjuga la sencillez de un lenguaje directo y el tono menor predominante con las asociaciones de ideas, el neologismo –“ayarañándome”–, la amplísima utilización cómplice de los versos ajenos –como en “Habiéndome robado el albedrío”, que arranca con los dos primeros versos de “El tren expreso”, de Campoamor– y, en fin, toda la capacidad de experimentación, ensayo y búsqueda, como señala Mario Hernández en su prólogo, que logra algunos de los mejores poemas de Otero. Sin renunciar, por supuesto, al compromiso: “Y yo conozco la proximidad de mi muerte tanto como la de la victoria del pueblo/ y simplemente escribo porque comprendo la eficacia de otras formas de lucha que, inexorable y pausadamente, conducen al mismo fin”.

La Junta de Andalucía y la editorial Visor han completado la edición de la obra de Vicente Núñez con la publicación, siempre a cargo del crítico Miguel Casado, de *Poesía y sofismas II*. Sofismas. A las 362 páginas de *I. Poesía*, publicado en 2008, las 784 de estos Sofismas, muchos de ellos inéditos y fruto de una meritoria labor de recolección por parte del editor, muestran ampliamente la originalidad, la riqueza imaginativa y la fecunda inteligencia de este autor singularísimo, lleno gracia e ironía, de reflexiones morales *sui generis* y de luminosos desvelamientos. Aforismos, apuntes y donaires, ocurrencias tan sorprendentes como certeras, brindan una interminable lectura e invitan al descubrimiento más allá de las limitaciones del lenguaje. Abramos al azar por donde abramos, la palabra de Vicente

Núñez nos golpea y nos deslumbra; “Dar es sentir la escasez”, “escribir es saber hallar obstáculos”...

LOS POETAS DEL MEDIO SIGLO

La mayor en edad de los poetas en activo que ha publicado en 2010 es Julia Uceda (1925). Tras la publicación en 2002 de *En el viento, hacia el mar. Poesía completa* y de *Zona desconocida* en 2006, con un extenso prólogo de Miguel García-Posada, *Hablando con un haya* prolonga el complejo desvelamiento que constituye la poesía toda de la autora. La indagación íntima y asombrada en la conciencia del tiempo y el olvido se objetiva mediante las presencias de seres y objetos, de nombres y de esa haya en el jardín de la infancia que perdura en la ancianidad: todo ello potencia la indagación en el misterio de la existencia, las elucidaciones más allá de lo racional, la confianza en la unidad del ser y la materia: “Bajo un azul que no es azul,/ la vida de lo verde quemándose,/ caminando a su barro,/ a su humedad profunda,/ a su retorno al vacío/ en el que todo es uno nuevamente”.

De 1927 es Enrique Badosa, que ha publicado, con epílogo de Joaquín Marco, *Trivium 1956-2010. Poesía completa*. Poco comparte Badosa con los poetas que por edad compondrían una hipotética Generación de los 50, aparte de algunos rasgos iniciales y su intervención en episodios como la conocida polémica comunicación/conocimiento con su ensayo “Primero hablemos de Júpiter. La poesía como medio de conocimiento” (1958). Deben mencionarse también *Razones para el lector* (1964) y *La libertad del escritor* (1968), que dicen mucho acerca de su situación generacional. Como poeta su extensa producción evidencia desde el principio la distancia de su proceso poético respecto del de los autores de la “Escuela de Barcelona” y de los distintos ámbitos estéticos que compondrían una “generación” a la que con los años se ha ido adscribiendo a poetas de muy distinta condición.

Badosa es, como otros de su hornada, un poeta con un mundo inequívocamente personal y una escritura “amplia, diversa y exigente”, como dice Joaquín Marco en un epílogo que sitúa claramente las claves de la obra completa. Con su usual ironía el poeta la ha titulado *Trivium*, evocando los estudios clásicos aunque remitiendo propiamente a tres géneros o modos de su hacer: el lírico, el satírico y el viajero. Son tres fuentes principales de inspiración que ofrecen poliédricamente la unidad de una palabra que busca la luz “como problemático final del horror y la noche”, de acuerdo con Joan Margarit. Es más, yo diría que esos tres ángulos de visión, que nunca se dan exentos en los libros correspondientes, componen la unidad compleja de la voz inequívoca de este poeta, precisamente lo que más me seduce de su escritura. Leída en perspectiva, esta va creciendo a partir de unos componentes formales y temáticos de época hasta los libros *En román paladino* (1970), *Dad este escrito a las llamas* (1976) y el primer *Mapa de Grecia* (1979),

que ya canalizan en los tres géneros citados la escritura de madurez de un autor que, al mismo tiempo y entre otras muchas actividades literarias, dirigió la importante colección “Selecciones de poesía española”, de Plaza y Janés, y tradujo impecablemente a su maestro Horacio, entre otros.

El más polémico de estos tres modos, obviamente, es el epigramático que hallamos en la amplia serie de sus *Epigramas confidenciales* (1989), *Epigramas de la Gaya Ciencia* (2000) o *Parnaso funerario* (2002), donde la voz personal se va retratando al pasar revista a su tiempo histórico, a la poetambre contemporánea y a sus propios valores literarios. El viaje como fusión de reflexión intimista, evocación culturalista y mirada a la realidad exterior inmediata posibilita también el epigrama pero, sobre todo, establece un territorio de escritura más objetivo en el que el protagonista despliega una muy rica variedad de argumentos existenciales para afirmar la huidiza plenitud –sensual, sensorial, sentimental– de un resistente enfrentado a la humana condición y a la irreparable pérdida que acompaña el vivir. Todo esto, que da su altura moral al protagonista de *Mapa de Grecia o Relación verdadera de un viaje americano* (1994) se desnuda, amplificándose a la vez, en los libros intimistas simultáneos y en las últimas entregas del poeta enfrentado a su mirada más despojada y honda, desde el espléndido *Marco Aurelio, 14* (1993), ese libro que es mucho más que una reflexión sobre el amor y el erotismo, hasta la grave contemplación de las postrimerías en las últimas entregas *Otra silva de varia lección* (2004), *Ya cada día es más noche* (2006) y los inéditos de *Segunda silva* en los que el “viejo laborioso” (Jorge Guillén *dixit*), nos sigue ofreciendo una poesía de senectud de gran altura ética y poética.

También de 1927 es José Luis Tejada, muerto en 1988, de quien se ha publicado su *Poesía religiosa*, acompañada de sendos estudios de José María Balcells, Jaime Siles y Francisco García Gutiérrez. Una extensa antología poética de José Viñals (1930-2009), preparada por Benito del Pliego y Andrés Fisher, ofrece la gran poesía de este autor a caballo entre los dos continentes de la lengua española y entre los dos mundos de la tradición y el vanguardismo, siempre original, creativo y sorprendente. Ricardo Defarges (1934) publica *Muere al nacer el día*, un libro de diversos perfiles formales y de expresión directa y reflexiva en el que el homenaje a la poesía, al cine o a la pintura sostiene un voluntarismo vitalista que da a esta escritura de senectud una nueva luz.

Nacida en 1930, Francisca Aguirre, que se estrenó tardíamente en 1970 con su *Ítaca*, ha sido objeto de un renovado reconocimiento con la publicación de tres libros en los últimos cuatro años: *La herida absurda* (2006), *Nanas para dormir desperdicios* (2007) e *Historia de una anatomía* en 2010, por el que ha recibido los premios Miguel Hernández el mismo año y el Nacional de poesía en 2011. Desde el desencanto pero también desde una rebelde afirmación vitalista de cosecha propia, Francisca Aguirre despliega en libros tan distintos un conmovido y contrastado

balance. Si en el primero la concreta denuncia política brinda a la autora los motivos de una irónica pero radical execración de la violencia que orienta en principio el autoanálisis en profundidad, y en el segundo el humor vitalista se despliega en nanas irónicas, en *Historia de una anatomía* es la conciencia del cuerpo que toma protagonismo con la edad la que pasa a primer término en la reflexión sobre su devenir temporal, con una palabra poética directa, rebosante de gracia y de emoción, que deja cabida en la segunda parte, “Anámnesis”, a la crónica personal, al testimonio político y a la memoria histórica con la evocación de la figuras familiares (“Datos biográficos”). Es este otro de los libros destacados del año, sin lugar a dudas.

Francisco Brines (1932) ha gozado de un merecido reconocimiento al ser galardonado con el XIX premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericano y al editarse dos antologías de su obra con sendos estudios de interés. La primera, *Para quemar la noche*, con algunos manuscritos y varios poemas inéditos, está vinculada al citado premio y la presenta y selecciona el profesor Francisco Bautista Pérez. La segunda, *Yo descanso en la luz*, con un prólogo de Luis García Montero titulado “La serenidad poética de Francisco Brines”, incluye otros inéditos que descubren la intensidad y la vibración emocionada de un libro en marcha al que corresponderían también las inéditas –menos una– *Elegías a M. B.* publicadas este mismo año por el Centro Cultural de la Generación del 27, de Málaga, en su colección La Cama de Minerva. Constituyen estas un diálogo fantasmal en el que la figura de la madre cobra un protagonismo nuevo que complementa y matiza su presencia en el poema “La última costa”. A la vez cálido y terrible homenaje en el que la conciencia de la muerte cercana propicia una invocación en segunda persona. Reafirmando su total conciencia de la nada, el diálogo con la madre permite al poeta crear una emocionante tensión amorosa en estos poemas: experiencia sensorial, la muerte no existe más allá de la conciencia viva.

Varios poetas de las promociones de los sesenta han visto publicada su poesía completa en 2010. En tres volúmenes, dos de poesía y uno de narrativa y prosas varias (ed. Almed), el poeta granadino Rafael Guillén (1933), un autor que tuvo mucho que ver con el nuevo impulso de la poesía granadina en los años sesenta, recoge una amplia obra que a pesar de los sucesivos premios recibidos no ha tenido hasta el presente el merecido reconocimiento. También Joaquín Benito de Lucas (1934) ha publicado los dieciocho libros que componen su obra con un título que remite al sentido global de su poesía, *La experiencia de la memoria* (Poesía 1957-2009). Un prólogo de Pedro J. de la Peña, cinco poemas inéditos y una amplia bibliografía completan esta cuidada edición de Calambur. La poesía de Benito de Lucas, abierta a la reflexión histórica desde la evocación intimista y familiar, ofrece a lo largo de su trayectoria un emocionante homenaje verdadero a la elementalidad de una voz cercana y clara, siempre fiel al dictado de los versos de *Las tentaciones* (1964), su primer libro: “Estoy queriendo hacer de la poesía/ la historia de mis años”. Jesús Hilario Tundidor (1935) titula *Un único día. Poesía 1960-2008*

(Calambur) la reunión de su poesía completa, no siempre de fácil acceso hasta ahora. Con prólogo de Natalia Carbajosa, se distribuyen en dos volúmenes las dos épocas en que el propio autor divide su obra. El primero, *Borracho en los propi-leos*, acoge lo que básicamente puede considerarse su poesía más generacional, más ligada a un cierto realismo y a la constatación de la temporalidad histórica. El segundo, *Repaso de un tiempo inmóvil* acoge los libros más ricos en matices, en experimentación verbal y en sentido filosófico, los mejores del poeta zamorano: una poesía ontológica, como se la ha llamado, en la que la experiencia de la vida y de la cultura –poesía, pintura, música- trasciende, no sin una mirada crítica al tiempo histórico, hacia una búsqueda de conocimiento más allá de la conciencia de la temporalidad, como bien indica el título de la obra completa. “El holocausto de los huracanes”, inédito, sirve de epílogo a este conjunto, dejándolo abierto a nuevas incorporaciones.

Con ironía Joaquín Marco (1935) ha llamado *Poesía secreta* (1961-2004) (Bruguera) a la reunión de sus libros poéticos más varios textos autocríticos recogidos en “Declaraciones poéticas” al final del volumen. Sin duda, como suele suceder, el profesor y el crítico deja en la sombra al poeta a pesar de la valía y la originalidad de su obra. Cuando se escriba mejor la historia de la poesía española del último medio siglo, a ver cómo se explica por qué Marco es como poeta un notorio ausente del panorama generacional al que pertenece. Ante los siete libros que recoge *Poesía secreta* el asunto resulta a la vez grotesco y trivial, dada la calidad de una escritura pausada y ajena a las modas, siempre sorprendente y especulativa en la expresión, tanto en la recuperación de la experiencia histórica vivida, como en la sátira social o en la reflexión metapoética. *El significado de nuestro presente* se titulaba uno de los mejores libros del autor y, sin duda, podría haber sido también el de la poesía completa.

Rompiendo un silencio de tres lustros Ángel Pariente (1937), autor también, entre otros trabajos, de un valioso *Diccionario bibliográfico de la poesía española del siglo XX*²¹ (Renacimiento, 2003), ha publicado *De provincia*, un título que recuerda al que el modernista tardío Andrés González Blanco publicara en 1910, justo cien años antes, *Poemas de provincia y otros poemas*. Y no sólo por el título, sino también por las semejanzas de ambiente y tono en algunos de los poemas de ambos. Familiares resultan ciertos aspectos de la atmósfera sentimental y los espacios de ciudades levíticas que abren a la imaginación el ámbito simbólico de la vida perdida, del desengaño y la melancolía. Muy genuinos de Ángel Pariente, sin embargo, son las notas de sarcasmo y rebeldía que se entrelazan con las decepciones, y el valor crítico y en último término moral de sus personajes: una *passante* misteriosa, exiliados de retorno, el tirano humillante y ese protagonista que mira hacia atrás sin demasiada ira pero siendo dueño de su memoria y de sus

21 <http://iris.cnice.mec.es/diccionariopoesia/>

incertidumbres, como en el espléndido “Disculpen la ignorancia”. Y muy propia del autor es también la fusión de sueño, realidad e irrealidad –tributo siempre a sus bienamados surrealistas– con que Pariente nos sitúa en el extrañamiento último del lenguaje, del vivir. Junto a todo ello los homenajes literarios, y la metapoésia: “poesía peligrosa/ oculta más que dice/ confianza/ desorden/ y no saber qué pasa”. Un discurso que nos lleva al umbral de las postrimerías, como la voz de León Felipe en el monólogo dramático que cierra el libro: “Fui, soy y habitaré la incertidumbre,/ el viento arranca del árbol la hoja seca./ Necesité ser sombra para verlo”.

POETAS DE LOS SETENTA

Los más destacados de los poetas lanzados por Josep Maria Castellet en su antología *Nueve novísimos poetas españoles* han continuado en activo durante los últimos años. En 1910 Antonio Martínez Sarrión (1939) ha publicado en Bartleby, acompañando a una nueva edición de *Teatro de operaciones*, su primer libro, un conjunto de poemas inéditos de la misma época con el título de *Muecas del tiempo oscuro*, con prólogo de Julieta Valero. A diferencia de la mayoría de aquellos jóvenes poetas, lo que hacía distinta la propuesta de *Teatro de operaciones*, que ahora recupera dedicatorias y presenta unos mínimos retoques, era el arraigo decidido de su escritura experimental en un territorio de crítica histórica que, visto en perspectiva, no resultaba tan distante de lo que a la sazón estaban escribiendo algunos de la hornada poética inmediatamente anterior, con Carriedo, Ory, Labordeta o Crespo como modelos más evidentes. En su personal fusión de testimonio del *tiempo oscuro* y de experimentación vanguardista, Sarrión acertaba a crearse un espacio poético en el que se infiltraba a cada paso la realidad histórica inmediata: un “teatro de operaciones” por establecer y en el que el memorialismo sarcástico, las estampas de la vida cotidiana, el universo de pueblo, las ensoñaciones del erotismo y tantas otras cosas propiciadas por el cine, la música pop y los tebeos, se presentaban desde la particular distancia de un sujeto interesado en resaltar la sordidez, la represión y la tristeza de la misma posguerra que otros obviaban en otras direcciones y otras estéticas y que, en el caso de Sarrión alcanzaba ya desde el principio unos resultados explosivos. Como indica el autor en su nota editorial, los poemas inéditos perfilan mejor sus “tentativas y derivas en circunstancias personales y nacionales poco halagüeñas, que mi memoria de hoy, tal vez menos fiable y, en todo caso, mucho más allá y fuera del talante de los poemas, recupera, paradójicamente, como rica en descubrimientos, sobre bastante gozosa”. Entre desencantadas evocaciones de la adolescencia y chocarrerías parodias del vivir de la España de posguerra vibran con sus sarcasmos otras estampas de la vida colectiva, nuevos guiños al cine y la cultura de masas, muy variadas referencias literarias –Baudelaire, Cavafis, Ory, Jorge Guillén–, destellos postistas, coplas, fabulillas, hasta un soneto paródico –Lope de Vega– y, sobre todo, las secuencias satíricas

de “Clasificados” o “Indulto denegado”. Todo ello subraya cuán diferente es la poesía del autor de *Teatro de operaciones* de la escrita a la sazón por la mayoría de los agrupados en aquella “operación” novísima. Baste recordar los versos finales de este libro: frente al venecianismo o la “estética del marabú”, Sarrión reclamaba “dejadme hablar a tiros/ de estos paseos de estas tardes de estas/ cuatro paredes tan inhabitables/ de la vieja maldita fruta amarga/ que se nos ha podrido muy adentro/ hasta contaminar el corazón”.

También José María Álvarez (1942), que daba por cerrado su monumental *Museo de cera* en 2002, ha seguido publicando, junto a varios tomos de diarios y otras prosas, una serie de poemarios –*Sobre la delicadeza de gusto y pasión* (2006), *Bebiendo al claro de luna sobre las ruinas* (2008)– que ha dado en 2010 *Los oscuros leopardos de la Luna*, otro libro que ya desde el título muestra que sigue siendo en lo esencial el poeta imaginativo, esteticista y mitómano de siempre. Estos últimos títulos, más que constituir el arranque de un nuevo ciclo, se mantienen fieles a la actitud ante el mundo y ante la escritura que ha caracterizado al poeta en las últimas décadas, y en particular desde la publicación del gran libro que es *El botín del mundo*. Se comenzaba a apreciar en éste cómo la presión de la temporalidad y el desencanto social acentuaban decisivamente, entre otras cosas, los tonos sarcásticos, la provocación moral, el refugio imaginativo en la exaltación de los sentidos, de la biblioteca y del erotismo.

Todos estos elementos alcanzan en los poemas del último libro una especial tensión expresiva y una elevación del tono que, junto con el significativo incremento de los elementos irracionalistas, hacen del conjunto uno de los más intensos, violentos y elitistas del autor. Al homenaje renovado a sus escenarios míticos –Venecia, París, Alejandría, Estambul, etc.– y a tantos autores, de Homero a Shakespeare, a Kavafis o a Cioran, se suma, casi en el centro del libro, la suite de poemas de desbordante lubricidad que homenajean a los clásicos de la *Antología Palatina* al tiempo que instalan la consagración sin límites del sexo, recordado o deseado, en el centro de la evocación general que opera en todo el libro como motor de la elegía. Lo provocativo que puede haber en estos poemas, y en otros de tema sentimental o de exaltación de la belleza del mundo, manifiesta una faceta más de la disidencia radical que, en otros textos de un carácter moral *sui generis*, el personaje de Álvarez enfrenta a la realidad contemporánea con otros tonos que denuncian el deterioro moral, que satirizan el imperio de la frivolidad y la grosería, la hipocresía de la corrección política, el desprecio hacia el ciudadano por parte de quienes lo gobiernan y, en último término, el imperio organizado de la incultura: “Viene un mundo/ donde seremos ininteligibles./ No ya lo que digamos, lo que amamos:/ sino lo que somos”.

Frente a todo esto, que cunde a lo largo del libro, deben destacarse el “Panegírico de Nina Gaguen-Turn”, un magnífico poema sobre la dignidad frente a la

tiranía, o, en otro sentido, la elevada retórica y el elogio infinito del Deseo amoroso en “I will o’ertake thee, Cleopatra”. Sin embargo no sorprende que Álvarez, en su línea de siempre y recurriendo a lo que nos cuenta Tácito del emperador Vitelio, titule con claridad uno de sus poemas más provocativos: “Expresa su condena de todos los actuales políticos del mundo con especial desprecio por los españoles (y obviamente, condena extensiva a todos los aspirantes a la Depredación”. Hay, sin duda, elitismo y desprecio en muchos de estos poemas críticos del autor, siempre extremoso en su desafío a la realidad constatable, pero muchos de sus versos resultan compatibles: “¿Sabes lo que querían aquellos intelectuales?/ Ser respetables./ Quiero decir, que hablasen de ellos,/ que los estimasen/ los mandarines miserables de la Cultura./ Y dinero”.

Como muestra de que la diversidad estética de los setenta trasciende con mucho el canon novísimo, merece destacarse este año una serie de libros de autores nacidos entre 1940 y 1952. Clara Janés (1940), poeta con un mundo radicalmente personal, ha publicado, además de una edición antológica de *Poesía erótica y amorosa*, “Río hacia la nada”, que parece ser la última entrega del ciclo abierto en 2002 con *Los secretos del bosque*. La experiencia reciente de una estancia en la India, junto al Ganges, origina la reflexión trascendente y serena de la poeta en torno al acabamiento y la muerte. Sobre la base de la metáfora de la vida como río y siempre a caballo entre poesía y filosofía, la mística del existir conduce a la intuición de que, más allá de lo que el lenguaje es capaz de expresar, el acabamiento es una forma de acceder a otra luz, a otra plenitud de la sustancia propia en el Ser unitario del todo. En otra línea muy distinta Agustín Delgado (1941) reúne su poesía con el título *Espíritu áspero. Poesía reunida* (1967-2007), en edición de Juan José Lanz, cuyo prólogo elucida plausiblemente el sentido de esta “poesía disidente”, como la llama este crítico, el mejor conocedor de la poesía de Delgado y de la revista Claraboya, que estudió en profundidad en un trabajo de 2005 titulado *La revista Claraboya (1963-1968): un episodio fundamental en la renovación poética de los años sesenta*. Poesía disidente, sí, especulativa y lúdica. Una propuesta absolutamente original y radical su indagación sobre el lenguaje y las posibilidades de la poesía, mucho más viva que otras radicalidades recientes.

Javier Villán y Javier Lostalé, ambos de 1942, han dado a la luz dos libros también muy distintos. *Aquelarre de sombras*, del primero, establece una tensa dialéctica nocturna entre el cuerpo gravemente enfermo y las sombras de un misterio que es a la vez el coro trágico de la existencia del ser humano genérico. Un libro denso y tenso en expresión y dramatismo que lleva al límite la poesía del autor. Por su parte, Javier Lostalé, creador de los beneméritos programas radiofónicos El Ojo Crítico y La Estación Azul, amplía y ahonda la reflexión sobre el amor y el deseo que fundamenta toda su poesía en su nuevo libro *Tormenta transparente*. Desde la conciencia de la edad, contenida y delicada, emocionante, también cuidadosamente esteticista y tendente a un cierto hermetismo metafórico, la palabra poética

del autor madrileño recorre con su diálogo amoroso los matices del sentimiento: deseo y desengaño, espera y ausencia, cercanía y soledad, deslumbramiento y vacío, pérdida y trascendencia mediante la escritura: “El horizonte de este poema/ es ya, amor, tu misma lumbre sostenida./ el resplandor de tu ceniza./ Y el escribirlo ha sido, amor, sellar contigo mi único destino”.

Antonio Hernández (1943) es otro de los poetas que desborda las clasificaciones generacionales tanto por la secuencia editorial de sus libros como por la índole estética de su escritura. Con los dos volúmenes de *Insurgencias* (Poesía 1965-2007), de Calambur, Hernández (1943) reúne una obra que debería alcanzar mayor reconocimiento del que a mi juicio ha encontrado. Tempranamente conocido por el premio Adonais de *El mar es una tarde con campanas* (1965), a su segundo libro, *Oveja negra* (1969) siguió un silencio de nueve años que sitúa el comienzo de su madurez poética a finales de los setenta con *Donde da la luz* (1978). Desde entonces la continuidad de la escritura de Hernández testimonia el hacerse de su protagonista sobre los ejes esenciales de sus comienzos: el amor, el mundo andaluz y la conciencia histórica. Entre meditación intimista y consideración del presente colectivo, los homenajes y la crítica histórica de *Metaory* (1979) y *Homo loquens* (1981) acentúan la emoción de un lirismo que desemboca en la emocionante elegía de *Diezmo de madrugada* (1982), uno de sus mejores libros, y la resistencia vitalista de *Con tres heridas yo* (1983). *Campás errante* (1985) es un canto antropológico al sentido del flamenco que parece cerrar una etapa, inmediatamente seguida de *Indumentaria* (1986), libro de poemas breves y dedicatorias en el que las evocaciones, el mundo de la infancia y el renovado homenaje intimista al Sur dan paso a dos libros andaluces complementarios: el del vitalismo sensorial de *Campo lunario* (1988), con su emocionante homenaje a Cádiz (“Guía secreta de una ciudad del sur”) y el de la compleja meditación histórica de *Lente de agua* (1990) –“Es más grande mi patria que mi tierra”. La andadura lenta y extensa que el poeta sigue eligiendo en sus libros posteriores matiza la evocación elegíaca que va dominando en los alegóricos trenes de *Sagrada forma* (1994) y en la decidida afirmación de pertenencia y arraigo de *Habitación en Arcos* (1997) con sus recuentos personalizados y su emoción circunstanciada. Si *El mundo entero* (2001) abre otro tiempo en esta poesía, con sus desajustes existenciales y balance desengañado, los poemas de *A palo seco* (2007), con su desolación, sus sarcasmos y su confesionalidad autocrítica dejan abierta hacia el futuro una sugestiva vía poética.

Tras *Los cuerpos oscuros* (2005), uno de sus mejores libros, quizá el más tenso y difícil por lo duro de su tema y el complejo análisis que despliega, Juana Castro (1945) ha publicado *La bábola. Intrusos en la red*, un libro doble o que alterna dos secuencias claramente marcadas por la tipografía. Poemas sexuales en los que los ribetes lúdicos afirman el protagonismo del deseo de una protagonista anti-conventional, que multiplica sus voces y que asume con naturalidad provocativa sus impulsos. Libro largamente elaborado desde los años ochenta, como señala

Balbina Prior en el prólogo, el mundo de la informática y el de los gadgets eróticos se combina en una divertida y no menos seria propuesta en la que lo feminista no rebaja en absoluto el buen humor.

Con *El dardo en la llaga (poemas porno-satíricos)* José Infante (1946) se enfrenta con el tema de la homosexualidad mediante los contraluces de la broma, el humor ácido, la crítica desgarrada y un lenguaje expresamente provocativo y duro. En tres escenarios, La Habana, Torremolinos y el barrio madrileño de Chueca, se sitúan estos poemas que trazan desde dentro un panorama algo decadente de la homosexualidad en los tiempos de una todavía muy conflictiva normalización social –Cuba es un buen punto de contraste– pero que también proponen una reflexión diferente sobre la precariedad del amor y sobre la soledad del envejecer. Algo más de buen humor queremos ver en *Sociedad limitada* de Miguel D’Ors con sus provocaciones y salidas de tono, algo a la defensiva en el medio en que se mueve el poeta. Siempre con perfecto dominio de su lenguaje y sus objetivos, el juego verbal, el sarcasmo y la incorrección política se combinan con otros poemas, los mejores en mi opinión, en los que el sentimiento elegíaco o el placer de los sentidos dejan en segundo plano todo lo que de voluntariamente irritante contiene el conjunto.

Otra forma muy distinta de humor intelectual envuelve la edición completa y definitiva de *Naipes marcados*, de Marcos Ricardo Barnatán, un valioso poeta que guardaba silencio desde su espléndido *Consulado general* (2001). Libro de prosas y fragmentos, *Naipes marcados* es también aforismo, anécdota, cita, anotación de dietario y comentario de lecturas, pero sobre todo expresión poética de un espíritu que comunica con maestría esa mezcla de inteligencia y sensibilidad que le enseñaron sus maestros –Borges, Bioy, Bergamín...– y tantas lecturas.

El pájaro escondido en un museo es uno de los libros más importantes de Fernando Delgado (1947). Poeta en su museo imaginario, poemas en prosa y en versículos trazan una variedad de reflexiones sobre la pintura que van mucho más de la ékfrasis que sostiene algunos de ellos. Reflexión sobre el arte, pero también sobre el deseo erótico, sobre el placer compartido de los sentidos, sobre la madre también, ese otro motivo esencial en la obra del escritor canario. Sobre referentes tan distintos entre sí como Masaccio y Miró, Sorolla y Rothko, Guido Reni, Goya o César Manrique, entre tantos, es el misterio de la creación artística el que suscita esta compleja escritura cuyos ritmos y cadencias pone de relieve la voz del poeta en el CD que acompaña al libro. También en *Cuando los pájaros* Rosa Romojaro (1948) plantea la creación como metáfora de una delicada y depurada reflexión sobre el vivir en el que el sentimiento del tiempo despliega naturaleza y paisaje como referentes de una posible trascendencia. Debe mencionarse también la relación entre poesía y representación que genera los Cantos del Naumon, de Rafael Argullol, poemas para “marionetas cósmicas” sobre el espectáculo de La Fura dels

Baus, ilustrados por los bocetos escenográficos de Carlos Padrissa. Con *La sombra y la apariencia*, que incluye la serie “Sobre una confidencia del mar griego” publicada en 2005 con ilustraciones de Antoni Tàpies, Andrés Sánchez Robayna (1952) publica un libro esencial en su trayectoria, poliédrico y denso. Poemas en verso y en prosa de rica sensorialidad, lugares vividos o pensados, homenajes artísticos y literarios o evocaciones anecdóticas renuevan la indagación del poeta sobre el sentido de lo real que proponen a la meditación y al desvelamiento los espacios y los tiempos de una experiencia siempre trascendida, más allá de sombras y apariencias y de las cosas mismas. Otro libro destacable es *La velocidad de los muertos*, de José Manuel Suárez (1949), cuya plasticidad y tensión expresiva sostiene una interesante reflexión sobre el vivir que busca en su indagación una moral trascendente de la existencia.

Cuatro años después de *La vida en llamas* (2006), Luis Alberto de Cuenca (1950) publica *El reino blanco*, un libro mayor en la ya extensa trayectoria del autor. Las diez secciones en que se distribuyen sus noventa poemas acogen todos los registros, los temas y los mitos personales del poeta a una luz más contrastada, con cierta tensión mayor entre sus diferentes tonos. La metáfora del reino blanco que le brinda Marcel Schwob reitera la fe en la otra realidad secreta que sólo mediante la poesía puede entreverse desde este lado de la vida a secas, el engañoso, el oscuro, ese que cifran los dos epígrafes que abren el libro. Una matizada serie de contrastes entre ilusión y desencanto, ideal y tedio, deseo y temporalidad va creando ante nuestros ojos la tensión especial de *El reino blanco* —“Contra el tiempo de la muerte, a favor de la vida y del verano”—, sostenida por cuanto de cultura vivida enriquece y fundamenta buena parte de la reflexión existencial del autor desde los orígenes de su poesía.

Con toques de humor surrealista, varios poemas en prosa y en verso establecen en “Sueños” ese ámbito de extrañamiento onírico frecuente en la poesía del autor y, con guiños freudianos y literarios, sitúan sus apariciones y diálogos absurdos en páginas memorables como “Sueño de mi padre” y, sobre todo, “La maleta perdida”. En “Hojas de otoño”, una de las secciones que prefiero, de nuevo extrañamiento y diálogos imposibles se combinan con oscuras reflexiones existenciales que el recurso al prosaísmo o el toque irónico distancian relativamente. Así, “Lo que somos”, “Donde habite el olvido” o “Qué es lo que puedo hacer” constatan diversamente lo que cifran los pareados finales del manuelmachadiano “Letanía”: (Bien mirado, tampoco es tan grave la cosa:/ ya sabemos que todo en la vida es derrota, // caminar por un puente que lleva a la renuncia,/ enjugarse las lágrimas y comerse la angustia)”. Concretando mucho más su motivo, “La maltratada” rinde tributo a un asunto de actualidad candente.

Con su carácter de divertimento, los poemas de “Puertas y paisajes” y las cinco “Seguidillas fetichistas” introducen un cambio brusco de tema y tono al abordar

el erotismo desde una intensidad mayor que nunca en la poesía de Luis Alberto de Cuenca, tan rica en elementos eróticos desde siempre. La diversa celebración del cuerpo femenino y sus paisajes, con los correspondientes guiños al mundo clásico, se alía a la fascinación por los tacones infinitos, al “Elogio del sujetador” o, en varias seguidillas, al fetichismo de los pies, con esa dosis de buen humor que el poeta aplica también a unos haikus de variado humor, algunos memorables: “Tú eres mi faro./ Y tú tienes la culpa/ de mis naufragios”. En el centro justo del libro, el “Tríptico de Foxá” es a la vez un homenaje al escritor y una defensa de la poética de línea clara que mantiene Luis Alberto de Cuenca. Si en *Cui-Ping-Sing* elogia “la serenata/ de emoción y temblor que es la existencia/ humana, el quid de la literatura”, en *El almendro y la espada* se define: “Porque la poesía no ha de ser un tedioso/ festín esencialista e incomprensible para/ los miembros de una secta, sino una fiesta alegre/ y comunicativa donde quepamos todos/ los hombres y mujeres del planeta”.

Caprichos y Homenajes contienen poemas que son puro Luis Alberto de Cuenca. Pululan por ellos voces varias, historias de amores extraños, múltiples referentes culturalistas y todo ello en ese territorio que funde sueños y realidad extrañada, como en el sugerente “Mujeres en ninguna parte”. Los *Homenajes* lo son, desde la emoción y el agradecimiento, a tantos libros y a tantos personajes literarios, como en los dodecasílabos de *Juntos* o en los bellos pareados de “Shakespeare y Rita”: “De Shakespeare aprendí que todo son palabras./ De mi primer amor, que todo vale nada”. Por su parte “El cuervo” recrea con fantástica originalidad y en versos narrativos la experiencia y lectura de *The Raven*.

Más intimistas, emocionantes, las secciones finales, *Recuerdos* y *Paseo vespertino*, recuperan, en pos del “yo perdido”, visiones infantiles, lecturas e ilusiones, como en “Carta a los Reyes Magos” o “Vieja fotografía con tebeo”, y se contrastan con cuanto impone la conciencia de la edad, por más que en “Búscala” se reafirme la fe en la Diosa Blanca de la poesía, la necesaria búsqueda más allá de la evidencia, “por el camino hacia ninguna parte,/ por el desierto helado el silencio,/ por las calles vacías del olvido”. Un libro mayor y memorable en el que alienta todo el mundo del autor con sus contrastes, su abigarrado mundo de referentes, su capacidad de hacernos cómplices, de divertirnos y de emocionarnos.

Casi veinte años después de su libro *Especiosos* (1991), Abelardo Linares (1952) rompe su silencio con *Y ningún otro cielo*, que reúne poemas fechados desde 1993, trece de ellos ya aparecidos en la breve entrega *Panorama*, incluida más tarde en *Mitos. Poesía reunida 1971-1995* (2000). El nuevo libro nos ofrece una cuarentena de poemas de matices y registros muy diversos en los que el tema amoroso predominante que ya sugiere el título canaliza un recorrido en claroscuro por la conciencia de su personaje poético, apasionado, grave e irónico a un tiempo. Barajando sus propias tradiciones poéticas, con abundantes guiños a sus poetas preferidos, de

Manuel Machado a Pedro Salinas, de Luis Cernuda a Jorge Luis Borges, el autor establece el tono sentimental ya desde los contrastes de los “Poemas desde Nueva York” que abren el conjunto: entre la contradictoria belleza de Manhattan, “el mayor decorado de los siglos de los siglos”, la estampa social de la miseria elevada a mito en el mendigo de “*Change*” (“un día fuiste Ulises y ahora eres nadie”) y una evocación amorosa subrayada por la obsesiva angustia temporal, la imaginería surrealista que nutre el libro crea una magnífica combinación de intensidad y distancia que desemboca en la borgesiana enumeración de “Panorama”, uno de los mejores: “Nueva York, Nueva York, míentele a mis ojos aún asombrados y dime que es de oro todo lo que en ti reluce”.

Con una intensidad que recuerda algunos poemas de *Sombras y de Espejos*, no exenta de ironía –“Exageremos, el amor se lo merece”– ni de juegos métricos, pero siempre en vilo sobre la constancia de lo efímero, los poemas de y sobre el amor de las cuatro secciones restantes, algunos ya aparecidos en *Panorama*, funden pasión y conciencia de la fugacidad en unas variaciones que rinden homenaje a Salinas desde el título de la sección segunda, “Entretiempos casi romántico” hasta “Llámame ayer”, poema final que amplía y mejora una versión ya antigua. En todos ellos, rebosantes de complicidades literarias, el tú es el referente constante de la evocación erótica y del razonamiento amoroso (“Silogismo”) elevado a religión, como en “Oración”, del que se toma el título: “Y ningún otro cielo/ que el que quiera llegarme de tu boca/ húmeda de muchos besos [...] Tu sonrisa, que limpia toda sombra y toda tristeza,/ tu sonrisa que quita los pecados del mundo”. En el centro del libro la extensa secuencia de “Variaciones sobre el deseo” ofrece una amplia serie de sugerencias de todo tipo sobre esa fuerza insaciable que se propone aquí, una vez más, como el motor del universo y de lo más vivo de cada uno de nosotros. Otros poemas de más oscura conciencia temporal dimensionan la experiencia del protagonista y también sus reflexiones sobre la poesía, que en el estupendo “El regreso de Heráclito” ironizan sobre distintos pelajes de poetas a los que todos podemos poner nombre propio, como “los que nunca dejan de ostentar en la pechera los muchos galardones que ganó su humildad”. Más allá de la sátira y del humor, sin embargo, la maestría y la pasión del poeta nos alcanza particularmente en su palabra amorosa, esa que cierra el libro en homenaje: “Hacia atrás, hacia atrás,/ hasta fundirnos/ en la primera célula.//Y sea este final nuevo principio/ que dé razón del mundo”.

POETAS DE LA DEMOCRACIA

Tomo el título de este apartado de la importante antología realizada por el profesor y crítico Ángel Luis Prieto de Paula *Las moradas del verbo. Poetas españoles de la democracia* (Calambur). Aunque el período que abarca podría dividirse en dos fases sucesivas, importa menos aquí discutir las cuestiones de periodización

que referirnos a los libros publicados el año que nos ocupa por los autores nacidos a partir de los cincuenta y que publican sus libros a partir de los ochenta. En la nómina que propone Prieto de Paula queda fuera algún autor que, como Justo Navarro, significó mucho entre una parte de los poetas más jóvenes del mismo período, o que, como Antonio Cabrera, comenzó a publicar tarde, lo que suele ocasionar problemas de clasificación generacional. Ninguna antología satisface del todo a cada lector, pero en este caso, aunque se echan de menos nombres que parecen más relevantes que alguno de los incluidos, tanto por el prólogo como por la selección realizada como por la diversidad de tendencias que acoge es esta desde ahora una antología de referencia para quien desee acercarse a los poetas aparecidos en los últimos veinte años del siglo pasado. Los autores que incluye Prieto de Paula son, por orden de edad, Miguel Casado (1954), María Antonia Ortega (1954), Julio Llamazares (1955), Julio Martínez Mesanza (1955), Concha García (1956), Tomás Sánchez Santiago (1957), Juan Carlos Mestre (1957), Ángel Campos Pámpano (1957-2008), Luis García Montero (1958), Blanca Andreu (1959), Álvaro Valverde (1959), Felipe Benítez Reyes (1960), Carlos Marzal (1961), Aurora Luque (1962), Amalia Iglesias Serna (1962), Jorge Riechmann (1962), Amalia Bautista (1962), Manuel Vilas (1962), Miguel Ángel Velasco (1963-2010), Vicente Gallego (1963), Vicente Valero (1963), José Mateos (1963), Antonio Moreno (1964), Juan Antonio González Iglesias (1964), Álvaro García (1965), Ada Salas (1965), Luisa Castro (1966), Antonio Méndez Rubio (1967), José Luis Piquero (1967), Jordi Doce (1967), Lorenzo Oliván (1968) y Enrique Falcón (1968). Varios de ellos han publicado libros destacables a lo largo de 2010.

Justo Navarro (1953) ha roto un silencio poético de veinticinco años con *Mi vida social*, otro de los libros más importantes del año. En la poética publicada en la antología *La generación de los 80* (1988), de José Luis García Martín, Navarro expresaba sus preferencias por la escritura entendida como un juego de ficción cuya primera víctima es el “yo insufrible” –aquel *moi haïssable* del purismo francés– y por la poesía como una “estrategia del ventrílocuo” distanciadora e irónica cuya construcción enfatiza el artificio, las técnicas institucionalizadas. En *Los nadadores* (1985) y *Un aviador prevé su muerte* (1986, Premio de la Crítica), únicos poemarios del autor hasta *Mi vida social*, la suma de recursos planteaba una apasionante tensión entre el mundo inquietante de los escenarios y las voces del poema, y el distanciamiento de la expresión, forzado por una densa retórica de estrofas tradicionales, sonetos sobre todo, fracturados sus ritmos por el encabalgamiento continuo, la distorsión sintáctica, las rimas insólitas y creativas, y por las imágenes y asociaciones insólitas, las evidencias intertextuales o la mallarmeana reflexividad sobre el lenguaje. Casi un cuarto de siglo –y siete novelas– más tarde, *Mi vida social* reafirma la esencial unidad del mundo literario del autor, por más que las estructuras estróficas y la deslumbrante imaginería de los dos primeros libros hayan cedido el paso a construcciones abiertas de versos métricos –sólo

dos sonetos (sobre la infancia) organizan en simetría la estructura del libro— y a elementos descriptivos más depurados que ponen el énfasis en las voces de las historias ocultas que componen el conjunto. En los cuarenta y siete poemas del libro también las referencias ambientales —espacios urbanos y domésticos, teléfonos, el *thriller*, la música pop— ceden protagonismo a la anécdota y, sobre todo, a voces introspectivas en las que fluye una especie de “conciencia exterior” o de inversión de perspectivas. Ésta proyecta sobre personajes y situaciones la tensión psicológica de un mundo íntimo y recóndito, minuciosamente elíptico, en el que van afianzándose las conflictivas presencias familiares, los deslizamientos entre realidad e imaginación, la memoria inestable, la precariedad sentimental, los extrañamientos de la identidad. Todo lo que integra, en fin, la exigente construcción intelectual y narrativa del autor de *Hermana muerta, F. o Finalmusik*.

Una nota previa subraya el carácter narrativo y ficcional del libro, y un epígrafe con dos versos de la canción *Love to hate you*, del dúo Erasure nos remite al territorio de la novela y el cine negros, esa presencia constante en la obra de Justo Navarro desde su primera publicación poética “Serie negra” (1976) y que establece el ambiente misterioso de un conjunto en el que la desconfianza intelectual se extiende a la propia poesía, como se expresa en “Poética” con palabras de Gabriel Ferrater: “El tema de la literatura moral no es la experiencia/ que acerca de los otros tiene/ el escritor, sino la inexperiencia/ que se siente ante ellos”. El autor apenas nos facilita los indicios mínimos de los elementos anecdóticos que se suceden —y es uno de los aspectos más sugestivos del libro: importa más bien el paradójico afianzamiento de la inseguridad de la conciencia frente a los hechos del pasado —“por qué olvido/ a las personas: para/ olvidar los errores que cometí con ellas”—, frente a las presencias inquietantes de seres desaparecidos, frente a la propia despersonalización en el doble o en la imagen del espejo (“Mi doble habla”, “El semejante”). Y también lo contrario: las constataciones inapelables de esas voces que insisten en sus sarcásticas conclusiones sobre los afectos, el dolor, el deseo, la muerte (“Academia Berlitz”) o, de manera destacada, la familia: “Es la ligera argolla del silencio,/ la que calla a los hijos ante el padre,/ el amigo rencor”. El padre, sobre todo, imponiendo silencio: “Una vez me contaba que la voz/ de su padre le provocaba/ afasia, eso me dijo,/ parálisis de la musculatura vocal, silencio, lengua/ atada”, imponiendo su presencia más allá de la muerte, como en “Kriminalroman”.

Con su primer libro, *En la estación perpetua* (2000), Antonio Cabrera (1958) se situó entre los poetas más destacados de su generación. Poeta maduro desde el principio, seguro del sentido de su búsqueda y cada vez más decantado en una línea de descubrimiento que resumían en 2001 sus palabras antes de una lectura: “Un poema, si es un buen poema, contiene una forma de promesa que nos mantiene despiertos y expectantes ante la vida al obligarnos a sentirla y a pensarla. Nada más y nada menos”. Realidad pensada, reflexión sentida y emoción de descubrimiento es lo que siguieron ofreciendo *Tierra en el cielo* (2001) y *Con el aire* (2004) como

desarrollos del programa de indagación fijado desde el principio en poemas como el emblemático “Poesía y verdad”. Ahora, *Piedras al agua* continúa avanzando en un difícil equilibrio entre la rica sensorialidad de su visión y la expresión de un lirismo más interesado en perfilar incógnitas que en alcanzar respuestas: “Otra vez eres múltiple./ ¿Lo entiendes, realidad? No puedo reducirte”.

Tres partes organizan *Piedras al agua*. Primero, la tensión entre la mirada intensamente sensitiva a la realidad y la conciencia melancólica del tiempo personal –“los lugares sin mí son un raro anticipo”– dirige la emoción poética por entre las alternativas que se proponen desde el primer poema, “El alrededor”: “En las cosas el tiempo es otro tiempo/ separado del tiempo de tu edad./ No tiene años, tiene luz, no es ansia./ Canta el alrededor, no te dibujes”. Se trata también, inevitablemente, de un programa de conocimiento circunstanciado en el que la anécdota se trasciende en firme decisión ética para “nosotros, los fugaces”, como en el gran poema “Caminata con breve soliloquio para Hamish Fulton”: “Marcha confiada,/ ojos conformes. El paisaje es tiempo:/ las lomas, las pedrizas, lo que dura/ invencible. Mirar. Seguir. Dejar. Perder”. El intimismo doméstico y sentimental de la parte central introduce más que nunca los nombres y las figuras familiares, memoria y presente cuajados en seres y objetos que el poeta describe y mantiene en su existencia autónoma, en su “presencia pura”: “Que no se mezcle/ su pulso con mi afán”. La respuesta emocional es diversa en cada poema pero siempre a la vez luminosa y hermética, como lo que se indaga. Tal es el mensaje de cumpleaños a la hija: “Adelina,/ la sombra es mucha. Mira a su través” y tal es el sentido conclusivo del libro con la vuelta a la naturaleza elemental: aves, insectos, flores, ruinas, paisajes que resguardan su identidad y que al tiempo propician con su metáfora la emoción creativa de la contemplación que refrena “la fuga, el grito del ahora” y que reafirma la condición moral que fundamenta esta escritura: “Mi deber es crear una premisa,/ con la llama sensata,/ ver en la tarde/ lo que la tarde junta:/ el sol y la razón,/ el silencio y los pájaros”. Sin desviarse de la línea iniciada hace una década, *Piedras al agua* constituye un magnífico hito en la obra del gran poeta que es Antonio Cabrera.

Blanca Andreu (1959) reúne en *Los archivos griegos* cuarenta poemas que cuentan entre lo mejor de su obra. Sensitivos, intensos, depurados, apuntan en su diversidad al ideal de una belleza en que pensamiento y realidad elemental buscan su integración en pos de otra conciencia más allá de los límites convencionales, mediada por la persecución de una forma alada de escritura, como se expresa en la invocación del poema inicial. Mito y realidad vivida, la impronta del mundo griego es el medio unificador de las seis partes del libro. La primera da título al conjunto y conjuga naturaleza, memoria elegíaca, sentimiento amoroso y reflexión metapoética en versos de gran riqueza metafórica que apuntan a la formulación de esa otra conciencia intuida. La segunda, “Opus nigrum” presenta unas tonalidades más oscuras en la confrontación moral con la realidad de la guerra (“Desde Irak”),

con los engaños del poder económico o literario (“Primera conclusión”, “Contra Faraón”) y frente a la experiencia de la temporalidad en “Muy lentamente sobre mí”, en el que sucesivas imágenes del transcurso dan paso a una reafirmación del deseo de conocimiento: “saborear y contemplar/ el color de los hechos/ hasta conocerme/ y comprender/ y saber qué otra cosa significas”.

“Dos poemas del Monasterio de la Luz” conjugan la invocación mística cifrada en “Del Ave Fénix” con la elevación espiritual que propicia la voz del Negro Billy en “Negro espiritual”, homenaje al blues y mucho más: “como agua y profunda/ y dorada era/ y olía a nardos y a recuerdo/ y a olvido”. Sigue otro núcleo esencial del libro, la evocación de la infancia en “Pazo de las Golondrinas”. Son siete poemas sobre figuras y escenas recuperadas en un bello espectáculo sensorial alegre y melancólico a la vez, como en “Ecos”: “Miro por la ventana de mi infancia/ en ella hay una torre blasonada/ como una botella de buen vino/ y un palomar vacío de palomas/ que aún zurean”. Los poemas de “Marinas”, que despliegan en muy variadas imágenes la metamorfosis constante del misterio de lo elemental mediante la fulgurante consideración de diversos escenarios marinos con diversos ecos literarios, con sintéticos enunciados (“La tierra de mi alma es el mar”) y con una profunda visión de la unidad de lo diverso en “Espuma”: “Gacela blanca/ vuelas/ sobre el arco de la ola/ como un inacabable lirio blanco/ o una rosa/ de sal/ interminable”. Cierran el conjunto los tres poemas de “Del otro reino” que transportan a una atmósfera de esperanzado misterio simbolista el sentido todo del libro: “El cisne negro de Granada”, “Lupus in fabula” y “De los bosques”: tres significativas imágenes animales que se suman a la imaginación simbólica creada por la muy abundante fauna de estos poemas, en su mayoría metáforas de la elevación y de la pureza. La inteligencia poética de Blanca Andreu ha aunado claridad, ritmo expresivo y una desbordante riqueza de imágenes que hacen de *Los archivos griegos* uno de sus mejores libros.

Manuel Vilas (1962) ha recogido en *Amor. Poesía reunida 1988-2010* sus tres últimos libros –*El cielo* (2000), *Resurrección* (2006) y *Calor* (2008)– más una muestra muy selectiva de su poesía anterior, apenas 19 poemas salvados de la quema. Vilas ha irrumpido con un vigor y una personalidad extraordinarios en el panorama de la poesía de la última década hasta ser uno de los más valiosos poetas actuales. Su originalidad radica en su riqueza de tonos y en su certera iconoclastia que alcanza a todos los aspectos de la realidad contemporánea: la cultura, la política, las relaciones sociales, los propios desdoblamientos de su personaje. En una forma de recuperación distanciada del mundo *beat*, Vilas aplica una mirada buñuellesca y burlona hacia las convenciones de la corrección y al mismo tiempo sabe sorprender al lector con sus zonas de ternura, con sus evocaciones elegíacas, con su lirismo sucio y vibrante a la vez, ese que justifica el título elegido. Curiosamente Juan Antonio González Iglesias (1964) ha elegido el título *Del lado del amor* (1994-2009), con prólogo de Guillermo Carnero, para reunir su poesía e incluir el

libro inédito *Selva de fábula*. González Iglesias, que es desde sus primeros libros uno de los poetas más valorados de su promoción, ha sabido construir un discurso poético directo y musical, que contrasta con inteligencia las referencias a la cultura grecolatina y una decadente realidad contemporánea. Una escritura en la que erotismo y lenguaje componen una materia dialéctica, de acuerdo con la idea del autor en el epílogo de que amor y lenguaje discurren simultáneamente.

La muerte sorprendió a Miguel Ángel Velasco (1963-2010) recién publicado *Ánima de cañón*, un libro en el que se resume el mundo iluminado y visionario de este poeta sólo poeta. Desde *La miel salvaje* (2003) Velasco fue elaborando un idioma poético muy personal, altisonante, arcaizante a menudo, que configura un territorio aparte e inédito en su tiempo. La exigencia imaginativa de quien se inició jovencísimo en la poesía con un discurso de raíz irracionalista—*Sobre el silencio y otros llantos* (1980)—llevó a Velasco en sus últimos libros al polo opuesto, el de unos desarrollos lógicos en el seno de la invención de imágenes que presentan una alta intensidad conceptual a la que se añade el cúmulo de referencias culturalistas explícitas e implícitas que estamos viendo. Parece que Velasco trasládase cada vez más intensamente la experiencia visionaria inducida por la química ceremonial a un fluir poético que necesita de la concentración de asociaciones conceptuales y fónicas. *Ánima de cañón* extrema de manera impresionante la dramática contraposición entre su personal cántico a la materia y a la naturaleza con la aguda conciencia del dolor y la destrucción de cada ser humano, recurriendo a menudo a una escenografía medievalista de danza de la muerte que deja cabida también a la ensoñación celebrativa.

Leída en perspectiva, la escritura de Antonio Moreno (Alicante, 1964), que ahora nos ofrece *Nombres del árbol*, se nos presenta como fruto de una mirada y una poética profundamente unitarias. Moreno ha ido creando una poesía de reflexión sobre la esencia de la realidad apegada al pormenor, a momentos de la cotidianidad que una intuición eleva a memorables, a los seres que pueblan el mundo natural que es el escenario por excelencia de este poeta. En *Nombres del árbol* el autor reúne la suma de motivos de los libros anteriores en la dirección particular de una indagación sobre la palabra poética y que los distintos poemas van acotando como variaciones sobre una cuestión central: la insuficiencia del lenguaje o, más bien, de la palabra individual para decir la realidad, su unanimidad esencial, su trascendencia. Ya desde el título, tomado del poema homónimo que ocupa el centro del libro, se funden la referencia al nombrar y ese árbol determinado y simbólico que, como el concepto de la divinidad, es siempre el mismo dicho en todas las lenguas: Dios “autor de los milagros” que se dice en una sola sílaba “que se bifurca/ como el árbol en ramas y más ramas”. Pero la reflexión sobre la propia palabra la muestra insuficiente frente a la otra voz, a la otra palabra interior de las cosas. Y, sin embargo, la empresa poética consiste en enfrentarse una y otra vez a esa insuficiencia con humildad—“pocas son las palabras del humilde”—y asumiendo el

fracaso del intento: “¡Qué vanas siento entonces mis palabras”, dice Moreno ante la consideración de la belleza, ese don que según él, existe independiente y fuera de los seres y que por eso mismo “nos conturba,/ nos sobrecoige hallarla así, inocente,/ tan clara [...]”. Es la palabra de las cosas la que el poeta trata de escuchar, en las ramas de un castaño -“Oigo el temblor de todas esas hojas/ como un pueblo con una sola lengua”- o en el tacto de un geranio -“sin dañarla,/ la hoja verde que nos da su aroma/ como una voz que a veces olvidamos”-. Por eso, al final del libro, el autor reconoce en una especie de poética que “más que escribir, transcribo un libro escrito/ antes de que naciera, no hago más/ que oír su texto anónimo y sin dueño/ como oímos el mar desde las rocas”. La cuestión de la insuficiencia de la palabra individual, con múltiples matices y motivos a lo largo del libro, apunta desde el principio al otro aspecto esencial de toda la poesía de Moreno: el creciente sentido moral de un pensamiento poético que implica en el sujeto la escucha y la espera, la busca del alma colectiva de las cosas y de quien “ahora las pronuncia/ diciéndoles: Hermanas”. Una espera que transforma la angustia de la temporalidad -“Toco mi eternidad en la vida que pasa”- y una escucha que recorre el libro y que se formula ya en el primer poema: “escucho el agua de ese movimiento que es libertad al tiempo que destino/ y en su verdor iluminado aprendo/ a ser mejor y más el ser que quiero”.

Precisamente porque su poesía va muy en serio, Juan Bonilla (1966) incrementa en cada libro las dosis de humor y de ironía con que bajar la temperatura a lo que sus poemas ponen delante de nosotros. Desde su mismo título, *Cháchara* establece el juego de distancias y el punto de vista del conjunto al tiempo que sugiere un desplante de corte manuelmachadiano a la solemnidad de otras poéticas con las que desde siempre ha chocado la propia (véase “Misión a las estrellas”). A pesar del vuelo imaginativo y de la intensidad lírica de algunas imágenes -“Hay un charco de sol sobre la cama/ y en la ventana el día/ recita el infinito en que se inscribe”-, la poesía se define aquí, desengañadamente, como parloteo colectivo de un mundo que, como “el pobre yo”, “chacharea haciendo tiempo,/ encogido de hombros, impotente” y acaso espera un no sabe bien qué que sea diferente al rutinario cada día, a “las hienas del día laborable”. Así fingida como cháchara, la poesía se enfrenta plausiblemente con su propio sujeto, ese yo -“sólo un niño ciego/ que no sabe callarse”- despersonalizado, extrañado, cuya forma particular de videncia consiste justo en iluminar con supremo sarcasmo lo que vale realmente de quien habla: su DNI, sus tarjetas de crédito, cuentas, claves, pines, etc. Sólo cifras, dinero: la intimidad verdadera o, al menos, lo único que nos constata socialmente, como en el comienzo del libro -con guiño al título de José Hierro- expresa el magnífico poema “Cuanto sé de mí”: “Creo que nunca antes un poeta/ había puesto tanta intimidad/ al alcance de sus lectores”.

Retomando uno de sus primeros títulos, *Cuestiones personales*, Bonilla traza en la primera sección ese extrañamiento desde el que evocar la vida, los lugares, las

lecturas de su personaje, difuminado a menudo en el plural y siempre con la muerte al lado y con la temporalidad en vilo: “Una sucesión de extraños saludándonos en los espejos/ fueron irguiendo algo así como una biografía”. Se trata, sin embargo, de un personaje que no evita que entre la mordacidad y los juegos de ingenio –“La Y es un tirachinas/ la O una piedra”– vibre la nota sentimental (distanciada como “imitación” de Quim Monzó) de “Ventajas de la ficción”, otro poema estupendo, o de homenaje algo melancólico a Cádiz, “el único lugar del mundo/ donde fui niño”. En la poesía de Bonilla cuentan los otros, aunque sea desde la desolación o desde la dificultad de comunicación válida, por más que alguna vez, reunidos, nos pueda confortar una canción o un himno (“*You’ll never walk alone*”). No es de extrañar, por ello, que, de la misma forma que aflora en sus poemas el bullir de toda la literatura –“literatura”–, el poeta privilegie los espacios colectivos –el estadio, el hospital, la galería comercial– como escenario de sus evocaciones y sus figuraciones sobre la soledad y la insignificancia de los seres: “somos una porción de nada/ hecha de pura cháchara,/ perdida en espejismos/ por darse la importancia/ que no le dan las cosas”. Esta desolación de fondo es el eje, en mi opinión, sobre el que gira, con su regusto barroco, el desarrollo de esta cháchara. Cháchara solitaria para muchos, aunque el propio sujeto desconfíe de su alcance.

El más joven por edad pero que puede incluirse en esta promoción por fecha de publicaciones de calidad es Martín López-Vega, que ha publicado en 2010 *Adulto extranjero*, un libro en el que la experiencia viajera y la crónica sentimental vuelven a ser los ejes de una reflexión sobre la realidad vivida que en ocasiones se despliega en largos poemas como los dos de tema portugués que abren y cierran el libro, y que otras veces se concentra en una situación, un objeto, un lugar o un personaje. A los primeros no les faltan buenos hallazgos instantáneos en medio de su carácter más anecdótico y digresivo; para mí son los segundos, sin embargo, los que más eficazmente transmiten sentido y emoción, más allá de la contención y distancia que la ironía, la andadura amétrica del verso y alguna salida de tono procuran a menudo. Cuando el poeta hace caso a lo que dice en “Lema” (“Deja de contestar todas las preguntas/ y atiende sólo a lo que late”) su intuición suele dar sus mejores frutos, como en “Instrucciones para la elaboración de colores para la pintura” o en el delicado “Várnatt i Hagen”. Y, sobre todo, cuando ahonda en la intimidad sin voluntad de rareza es cuando consigue poemas verdaderos como “Última lección”, el mejor del libro. También entre las experiencias viajeras encontramos estampas penetrantes (“D.F.”, “Gianicolo”), reflexiones punzantes como las de “Birkenau en diciembre”, sobre otra visita al campo de exterminio nazi, o la sugestiva conclusión que provoca la mirada en “Hablan los cuerpos del Orto dei Fuggitivi”: “De nuestras muertes lo sabréis todo./ De nuestras vidas, absolutamente nada./ Contemplarnos es vano. La única moraleja/ es tan evidente que no vale una metáfora:/ en este incendio sirve sólo ser la llama”. La serie italiana “SPQR” ofrece, en fin, unas interesantes variaciones de viaje sentimental por Italia

en las que no falta el guiño de humor erótico-culturalista: “aunque las mejores imitaciones sin duda, fueron,/ amor, las tuyas de la beata Ludovica Albertoni/ y, sucesivamente, de santa Cecilia”.

Otros libros que merecen mencionarse como muestra de la diversidad de propuestas de estas promociones son *Trece elegías y ninguna muerte*, de Enrique Baltañás, *Las grandes superficies*, de Juan José Téllez, *Hace triste*, de Jordi Virallonga, *La brújula ciega*, de Juan Ramón Barat, *Escalada y otros poemas*, de Vicente Cervera, *Icaria*, de Juan Manuel Rodríguez Tobal, *Las voces encendidas*, de Carlos Aganzo, *Anaqueles sin dueño*, de Pedro A. González Moreno, *Bajo la piel*, los días, de Eduardo Moga, *Ahora*, de Isabel Bono, *Diario de Beanaocaz*, de José Manuel Benítez Ariza, *Un cadáver lleno de mundo*, de Isabel Pérez Montalbán, *Hotel para erizos*, de Guadalupe Grande, *Cuando fui náufrago*, de Juan Antonio Tello, *Perra mentirosa/ Hardcore*, de Marta Sanz o *Con el tiempo*, de Enrique García-Máiquez.

LOS MÁS JÓVENES

Una antología publicada este año puede servir de punto de referencia para destacar algunos nombres de entre el muy numeroso y todavía confuso panorama de la poesía más joven: *La inteligencia y el hacha (Un panorama de la generación poética de 2000)*, de Luis Antonio de Villena. Destaca el antólogo en su introducción el predominio de los poetas que quieren que el poema sea –más o menos hermético– mejor el resultado de la inteligencia que el de la emoción, así como la intensificación del “realismo meditativo” en su lado de meditación y el adelgazamiento de la poesía metafísica más pura hacia lo que él llama “metafísica cognoscitiva”. Entre ambos polos, el del realismo y el de la tendencia al irracionalismo, Villena sitúa a 32 poetas nacidos entre 1964 y 1988 que en su opinión conforman la hipotética generación de 2000. Naturalmente esta selección tan generosa en cuanto a los límites generacionales incluye a poetas que pueden verse como los más jóvenes de la promoción anterior, tal y como los consideran otros antólogos. Es el caso de González Iglesias, Balbina Prior, Isabel Pérez Montalbán, Álvaro García, Lorenzo Plana, Luis Muñoz, José Luis Piquero, Lorenzo Oliván, Javier Rodríguez Marcos o incluso Pablo García Casado, autores de libros publicados en los noventa que les consagraron como indiscutibles. Más claramente pertenecen al grupo generacional de 2000 José Luis Rey, Andrés Navarro, Juan Carlos Abril, José Manuel Romero, Antonio Lucas, Carlos Pardo, Rafael Espejo, Joaquín Pérez Azaústre, Alberto Santamaría, Juan Antonio Bernier, Josep Maria Rodríguez, Andrés Neuman, Ana Gorriá, José Daniel García, Juan Andrés García Román, Javier Vela, Fruela Fernández, Elena Medel o David Leo García. Entre realismo y metafísica o irracionalismo todos estos poetas han realizado aportaciones valiosas en sus primeros libros.

A lo largo de 2010 varios de ellos han publicado libros valiosos, particularmente *Barroco*, de José Luis Rey (1973), uno de los autores principales de esta generación nueva, cuya poética ambiciosa muestra una inagotable capacidad imaginativa, un gran dominio técnico y un despliegue verbal cuya riqueza de referentes culturalistas no enmaraña la emoción ni la capacidad de enganchar al lector. El patente magisterio de Pere Gimferrer —al que ha dedicado un magnífico estudio— le dicta la libertad expresiva que hace de él un gran poeta. De los seleccionados por Luis Antonio de Villena destacaría *Temperatura voz*, de Mariano Peyrou (1971) y *Un huésped panorámico*, de Andrés Navarro (1973). En este último el autor, contra lo que se suele, no necesita negar otras poéticas, sólo afirma arriesgando su propuesta y logra poemas vivos que exigen mucho del lector y que lo seducen por debajo de su eventual opacidad verbal o quizá por ella misma. Todo es ir entrando en el idioma de esta escritura tan personal que, sin agotarse nunca por su propia condición, se desvela poco a poco si aceptamos el juego que propone y que justifican versos como estos: “el perro no ladra a las palomas en la plaza/ para imitar a sus antepasados, sino para lucir/ su esencia irreversible/ frente a lo que cambia de intenciones”. Un juego serio, por otra parte, más allá de las notas de humor, de las rupturas de la lógica, de la riqueza de imágenes, algunas casi greguerías, porque a lo que apelan los poemas desde su mantenida lucidez, sus momentos sentimentales y su desconfianza apasionada es a la precariedad de todo conocimiento y de toda sentimentalidad y al desorden de lo real, tan huidizo y tan personalmente recreado aquí como un estudio personal de lo visible. Y ello, naturalmente, nos habla de la condición moral que implica esta operación que funde los fragmentos de realidad con los de una introspección pocas veces complaciente.

Otros libros destacables de las últimas promociones son *Una felicidad salvaje*, primer poemario de la novelista Blanca Riestra, *Casa*, de Raúl Morales, *Escenas de la catástrofe*, de Toni Montesinos, *Hombre sin descendencia*, de Braulio Ortiz 1974, *La noche del eclipse tú*, de Luis Artigue, *Trenes de Europa*, de José Martínez Ros, *Carretera blanca*, de Antonio Mochón, *El minuto interior*, de Rubén Martín, *Los idiomas comunes*, de Laura Casielles, *La ciudad de las delicias*, de Sergio de Copete y García y *Poetry is not dead*, de Luna Miguel. Finalmente, como mínima muestra de la variadísima poesía que se publica en internet, me parece necesario destacar la sugestiva antología compilada por David González *La manera de recogerse el pelo. Generación blogger* (Bartleby), que acoge una muestra de poesía de autoría femenina muy variada y muy reveladora de otra forma creciente de libertad creativa a la que ya de manera imperativa hay que prestar atención.